

Medio segundo de inconsciencia

José Gordon

¿Cómo se marca la frontera entre el procesamiento consciente o inconsciente de la información?

De acuerdo con los estudios del neurofisiólogo Benjamín Libet nos encontramos con el controvertido hallazgo de que operamos de manera inconsciente la mayor parte del tiempo. Funcionamos, por decirlo así, con el piloto automático, sin percatarnos de la información filtrada por nuestro cerebro aproximadamente durante medio segundo.

A nivel neural, esa brevedad constituye demasiado tiempo en términos de decodificar la información de manera consciente. Nuestro “chip” es relativamente lento.

Aunque era de esperarse una pequeña demora entre el momento en que ocurre un estímulo y nuestra percepción consciente del mismo, resultó sorprendente que este retraso fuera del orden de medio segundo.

Muchas cosas suceden en ese medio segundo, señala el físico Fred Alan Wolf: una pelota de béisbol cruza el plato y a pesar de ello los bateadores se las arreglan para dar de *hit* en un promedio de veinte a treinta por ciento de las veces; un animal se atraviesa de noche en la carretera frente a nuestro automóvil y de alguna manera alcanzamos a frenar en menos de medio segundo, desde que los faros lo colocan ante nuestros ojos.

¿Qué más ocurre durante medio segundo de inconsciencia? ¿Un gran disparo a gol de los Pumas? ¿Una mirada encendida que promete amor?

¿Por qué pensamos que somos muy sensibles (aunque a veces de plano no lo somos) y que no existe esa breve inconsciencia determinada por un receptor que se toma su tiempo para decodificar la señal?

Libet plantea que se da un fenómeno de *referencia subjetiva de tiempo*. Los resultados de sus estudios muestran que aunque una

persona es capaz de reaccionar rápidamente ante un estímulo, en el orden de un centésimo de milisegundo, *no es realmente consciente de aquello a lo que está reaccionando durante varios centésimos de milisegundos*. Esto ocurre hasta que se llega al medio segundo.

No obstante, cuando se interroga al sujeto del experimento respecto al momento en que tuvo conciencia del estímulo, la respuesta es que estaba consciente desde el mismo instante en que comenzó.

YO YA TE AMABA ANTES DE QUE
ME DIERA CUENTA

Para ilustrar la ligera diferencia en el procesamiento de información podemos pensar en dos televisiones: una de ellas recibe la señal desde una antena de emisión terrestre y, la otra, recibe la misma señal vía satélite. En este último caso, la imagen y el sonido llegan ligeros y sutilmente retrasados como si fueran un breve eco de los de la otra televisión. Hay un gol que sucede milisegundos antes. Por supuesto, ello se debe a la distancia que tiene que viajar la señal.

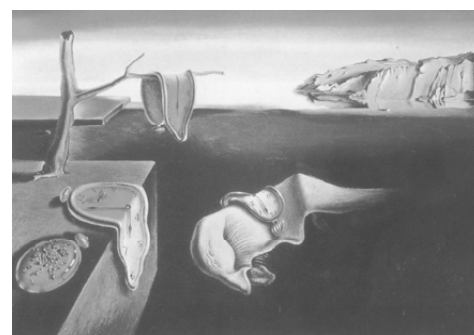
Ahora pensemos que el problema no es la distancia, sino más bien que una de las televisiones estructuralmente demora, de manera muy breve, casi imperceptible, el procesamiento de la señal. Eso es lo que nos sucede en nuestras vidas, de acuerdo con Libet. No solemos darnos cuenta de ello, porque lo compensamos con la memoria de la simultaneidad entre estímulo y conciencia. Wolf da el siguiente ejemplo:

En una carrera de cien metros, el atleta sale de su lugar de arranque aproximadamente cien milisegundos después de que el sonido del disparo de la pistola alcanza su

corteza cerebral. Conforme a Libet, cuatrocientos milisegundos después es cuando se vuelve consciente del disparo. Para ese entonces, el corredor ya se encuentra perfilado en su camino hacia la meta, quizás a unos cinco metros de la posición de arranque. Sin embargo, si lo interrogamos posteriormente sobre su experiencia, dirá que estuvo consciente del disparo desde el mismo momento en que éste se efectuó y estaba en posición de arranque.

De manera sorprendente, Libet plantea que no es posible que el corredor esté consciente del disparo así diga lo contrario.

Al comentar este fenómeno, Fred Alan Wolf señala que ello implica que nuestras decisiones y respuestas ante las sensaciones del mundo externo son hechas de manera prácticamente inconsciente (lo cual no supone falta de inteligencia). Desde esta perspectiva, somos, por breves instantes, como marionetas manejadas por las fuerzas naturales, los dioses o el destino. La memoria llena el hueco y nos hace creer que es nuestro ego el que impulsa la acción. Tal parece que hay medio segundo de retraso estructural, quizá tiempo suficiente para decidir e intervenir en la dirección de nuestra vida, lo cierto es que habría que investigar los umbrales de lo consciente y lo inconsciente en diferentes culturas, simplemente para saber a qué horas nos cae el veinte. ■



Salvador Dalí, *La persistencia de la memoria*, 1931